Notas

JORGE F. HERNÁNDEZ

La soledad del silencio Microhistoria del Santuario de Atotonilco, Guanajuato*

"Quizá la historia universal es la
historia de la diversa entonación de
algunas metáforas."

Jorge Luis Borges

ES PRECISO COINCIDIR con Fernand Braudel cuando afirma que "No existe una historia, un oficio de historiador, que sí oficios, historias, una suma de curiosidades, de puntos de vista", pues hay tantas historias y formas de historiar como intereses u opiniones existen. Los temas y los métodos del historiador responden a la diversidad de teorías, ideas y ánimos que los incitan a historiar. Cuando Luis González hizo una *Nueva Invitación a la Microhistoria* se abrió la posibilidad de historiar los espacios reducidos, las microcomunidades, dándoles la misma importancia que se le confiere a las macrocomunidades. En lo sucesivo se trata de perseguir el pretérito de la vida cotidiana, que no de rastrear la noche de los tiempos de un pasado universal. En otras palabras, es necesaria una forma de historiar conducida por la pasión por la patria chica, por la bien llamada *matria*.

Con esta intención se eligió al Santuario de Atotonilco como un terruño a microhistoriar y se buscaron los espacios que podían servir de acceso a la investigación, pero no únicamente con el propósito de enumerar fechas y caligrafiar nombres para lograr un *recetario atotonilquense*, sino para dar constancia de las épocas y colocar a los personajes reales en su relación con el presente. Es decir, para bajar a las estatuas de su pedestal y conocer personajes representados por ellas en sus justas dimensiones, para observar las obras de un pincel

* Este artículo pretende ser una apretada síntesis de los criterios que guiaron un trabajo de investigación hecho por el autor sobre la microhistoria del Santuario de Atotonilco, Guanajuato con el cual obtuvo el grado de licenciado en Ciencias Sociales.

privilegiado como el de Pocasangre y entrever los motivos y el ambiente que rodeaban al artista. Así el quehacer microhistórico se puede transformar en la actividad que nos dé memoria de nuestro pasado, tal vez para liberarnos de él, ayudándonos a conocer nuestros presentes y para proponernos un futuro.

Atotonilco, Guanajuato, no es cabecera municipal y no tiene cementerio. Apenas desde 1981 cuenta con una escuela primaria y desde 1748 cuenta con un santuario espiritual que se ha nutrido de numerosas peregrinaciones de fieles que llegan hasta allí para realizar ejercicios de encierro inspirados en los de San Ignacio de Loyola.

El templo de Jesús Nazareno y las capillas del Santuario han introducido al pueblo de Atotonilco en los textos abocados al estudio y difusión del arte popular mexicano. Cubiertos de murales extraordinarios, el templo y las capillas son un baluarte del barroco mexicano y un caso singularmente interesante en el catálogo artístico-arquitectónico del país.

En Atotonilco no se han realizado batallas determinantes de guerras trascendentales ni se han firmado decretos presidenciales. Pero este pueblo escuchó los gritos de Hidalgo y de los insurgentes dados en Dolores y, al pasar por Atotonilco, rumbo a San Miguel, los abanderó con el estandarte de la Virgen de Guadalupe que tomaron del interior del Santuario. Este suceso le ha dado a Atotonilco la oportunidad de aparecer, con letras doradas, en las historias patrias. Pero de ahí en fuera poco se sabe de las flores y espinas que han crecido en el lugar desde la fundación del Santuario.

Hay que descartar, por lo tanto, la posibilidad de tomar como punto de partida para llevar a cabo la microhistoria de este lugar la anécdota, bronceada y conocidísima, de la toma del estandarte por D. Miguel Hidalgo y Costilla. Tampoco se puede considerar como entrada al Santuario el hecho de que bajo sus frescos haya contraído nupcias el insigne general Ignacio Allende. Para los que gustan de estatuas y uniformes relucientes con estos acontecimientos basta para elaborar la consabida historia patria en donde Atotonilco es un punto más del gran mapa macrohistórico. Por otro lado, los historiadores anticuarios o amantes de todo lo conservable pensarán, tal vez, que la entrada al Santuario radica en que su arquitectura, su pintura y los versos plasmados en sus muros representan un tesoro del barroco que nació a pesar de los vientos renacentistas que soplaban en la época de la fundación del templo y que han resistido, con todo y su inevitable deterioro, al paso del tiempo. Los aficionados a recordar, por otro lado, las batallas y los cañonazos de la historia además de contar con las anécdotas monumentales antes mencionadas, "entrarían" al Santuario de Atotonilco por el lado de las veces que ha servi-

do de cuartel; sobre todo cuando la entrada de los carrancistas culminó en el fusilamiento del mal ladrón de yeso que se levantaba al lado de la estatua de Jesús crucificado en la Capilla del Calvario del templo.

Tal vez sería mejor considerar a la geografía, a la historia de la región y a la biografía del fundador del santuario como los tres espacios que posibilitan una entrada digna a la microhistoria del lugar. Estos tres espacios hay que considerarlos como paisajes que sirven para ubicar al Santuario de Atotonilco en un punto específico del mapa de la República Mexicana, pero no sólo como coordenadas y paralelos, sino como cultivos y climas, flores, valles, ríos y cerros. Hay que adentrarse en el espacio geográfico intentando conocer los amaneceres y atardeceres, los fríos y los calores que rodean al lugar y determinan los horarios de la vida cotidiana en Atotonilco.

Del conglomerado geográfico surge el conglomerado social. Así, el siguiente paisaje tiene que ser el de los hombres y mujeres del Bajío que cazando, cosechando, comerciando, viajando, explotando minas y criando ganado han conformado otro tipo de panorama en torno al Santuario. No es de extrañarse que del paisaje geográfico tan diverso que ofrecen los caminos de Guanajuato, y del Bajío en general, se formara una mescolanza igual o más diversa: la de los guanajuatenses y abajeños. Todo un revoltijo de rebeldes y apaciguados, de estudiosos y neófitos, de trabajadores y haraganes, de fiesteros borrachos y mochos, de viciosos y de virtuosos. De ahí que el tercer espacio que se presenta como entrada a la microhistoria del Santuario de Atotonilco es el biográfico. Otro paisaje, otro panorama lo representa el fundador del santuario, Luis Felipe Neri de Alfaro: un asceta abajeño por adscripción, místico por convicción y santo por tradición.

Hasta nuestros días se conserva en San Miguel, ahora de Allende, el recuerdo del P. Alfaro como un mártir ejemplar. Cada año efectuaba la peregrinación de Semana Santa de Atotonilco a San Miguel cargando un pesado madero, cubierto de cilicios y realizando las tres caídas ayudado por un fortachón que lo tiraba de los tobillos con una sogá. Los actuales ejercitantes de Atotonilco siguen el ejemplo que les legó el fundador de la Santa Casa de Ejercicios Espirituales flagelándose las espaldas y ayunando lo más posible durante la semana que dura el retiro espiritual. No se imaginaba el P. Alfaro la cantidad de peregrinos que hasta la fecha siguen llegando a Atotonilco cuando fundó el "relicario de devoción" en medio del "páramo desierto". Así, el tercer espacio refiere las colectas y los milagros, las prédicas y las construcciones de un hombre que, entregado a la vida pastoral y a su fe, dejó las huellas de su penitencia.

La vocación literaria del P. Alfaro, que dedicó enteramente a exaltar virtudes y ejemplos religiosos, lo ha llevado a ser considerado un auténtico poeta barroco. Los muros del Santuario tienen plasmados los poemas de Alfaro, los versos que conjugan el sentimiento y la erudición, como se puede apreciar en:

*¡Pasto y Pastor! ¡Qué raro ofrecimiento!
el cielo te presenta, ¡oh, peregrino!
¡Pasto y Pastor!, dichoso tu destino
si sabes apreciar el llamamiento.*

*Pasto y Pastor a un tiempo: ¡Qué portento!
Divino el Pasto, si el Pastor divino.
Con tal Pastor, ¿quién perderá el camino?
Con Pasto tal, ¿quién perderá el aliento?*

*Mi Pasto y mi Pastor sois, Jesús Mío:
que así vuestra palabra me lo advierte,
reprendiendo mi loco desvarío.*

*Y anunciándome en todo feliz suerte,
sois mi Pastor: no temo ya extravío,
sois mi Pasto: no temo ya la muerte.*

Así pues, los tres espacios hechos entradas dan paso a que la microhistoria recorra los pasillos, las capillas del templo y sus murales para relatar

Dos siglos de flores y espinas

Como dice Octavio Paz, "La arquitectura es el testigo insobornable de la historia". Así, las pinturas y las bóvedas del Templo de Jesús Nazareno y de sus Capillas, junto con los corredores de la Santa Casa de Ejercicios Espirituales, son el espacio interno de Atotonilco y de su microhistoria. Se trata del recinto que se levanta en medio del páramo desierto, rodeado de lomeríos espinosos y ojos de agua termales, que ha visto desfilar ejércitos insurgentes, hordas revolucionarias, tropas de Jesús y tandas de ejercitantes. Es, además, el espacio levantado por el P. Alfaro como nido de virtud y recogimiento, repleto de pinturas y de versos, que se contraponen con los vicios y desenfrenos que él mismo censuraba.

Se trata de un espacio interno que se presenta como dualidad, en donde se encuentra la magia del santuario y radica el encanto de la

microhistoria de Atotonilco. Por un lado están los murales con sus oraciones y, por el otro, los corredores con las huellas de sus flagelaciones. Por un lado están las flores de sus capillas y, por el otro, las espinas de los ejercicios espirituales. Hay una dualidad en los ecos del barroco atotonilquense y los lamentos de los arrepentidos.

De esta manera la microhistoria de Atotonilco requiere de la biografía de las Capillas y de la Casa de Ejercicios, de un panorama de las pinturas y esculturas que decoran el lugar, integrando las anécdotas monumentales y de bronce que le han dado fama junto con las comunes y corrientes, recolectando las apariciones de santos y las desapariciones de cuadros, copones y demás; así como una revisión de los ejercicios, sus horarios y sus antecedentes, su organización y su condición.

La microinvestigación mide en octosílabos los

*Porque las flores terrenas
no roben más mis amores
sigo tal lirio entre penas
que de espinas hace flores
y de espinas azucenas*

que dejó plasmados el P. Alfaro y conoce los alegatos y las actas en donde consta que luego de la revolufia desaparecieron pinturas y estolas.

El recorrido por las capillas, cuyas bóvedas guardan los vuelos de los ángeles y los trompetazos de los arcángeles, lleva a la microhistoria a conocer el santuario a través de infiernos pintados para los condenados mientras los santos reposan ya en sus nichos. Pero los pasos por los corredores ensangrentados de la Casa de los Ejercicios llevan a la microhistoria de Atotonilco a buscar también

Los Ecos del Silencio

El panorama desde el atrio del templo o bajo los portales de la Santa Casa de Ejercicios recuerda los ires y venires de la época en que se elevaron sus muros y se decoraron con el pincel del genial y dieciochesco Miguel Antonio Martínez de Pocasangre. La Babel de antaño revive algarabías cada ocho días con la llegada de las tandas de ejercitantes. Su presente no reniega de su pasado y en donde ahora se estacionan los autos de visitantes diversos se siguen conservando las huellas de las huestes revolucionarias que acamparon y ajusticiaron allí sus existencias; el paso de los transportes urbanos sigue la ruta de los insurgentes con estandarte.

El pasado y el presente de Atotonilco es una dualidad que forma, a su vez, más parejas de temas para la microinvestigación. Por un lado están los habitantes del pueblo, entregados al cultivo de temporal y a la manufactura de toda la parafernalia religiosa que, por otro lado, compran los habitantes flotantes que llegan cada semana a la Santa Casa para expiar sus culpas. Los que venden disciplinas de mecate y los que las usan en sus espaldas, brazos, piernas y caras. Los que venden postales de la Capilla del Calvario con el hueco que dejó Gestas y los que compran escapularios y rosarios. Y, de entre los ejercitantes la dualidad de los que salen de ejercicios como "almas en gracia" y con flores en la cabeza, dispuestos a emprender el regreso a sus tierras, y los peregrinos que apenas llegan para iniciar su semana con coronas de espinas.

Los ecos del silencio son los cantos y las jaculatorias, los censos y los bautismos. Entre las notas de "Vente, vente ejercitante" y "Qué linda será la Gloria" se escuchan los rezos y las plegarias de los ejercitantes arrepentidos. Entre los puestos de comida y las puertas de las casitas del pueblo se ven las vidas de los atotonilquenses. Son los ecos que hacen que la microhistoria del Santuario viva los horarios y coma las vituallas, escuche pláticas y soporte los olores de los ejercicios enclaustrados, así como también hace que se investiguen archivos y se conozcan paisajes bibliotecarios.

Las diferentes vetas que tiene el Santuario de Atotonilco permiten que la investigación microhistórica encuentre en un espacio reducido un campo macroscópico de temas. La realidad impactante de Atotonilco ha provocado diversos y variados textos; recientemente ha dado imágenes para un excelente libro de fotografía y, por otro lado, ha despertado denuncias y corajes en publicaciones periodísticas, pues los ejercicios también arrojan beneficios materiales.

Los espacios de la tarea de microhistoriar gozan de ser espacios ilimitados, abiertos. A cada paso aparecen salidas, dignas de corresponder a las entradas, y nuevas vetas en archivos hasta el momento velados por razones múltiples. De tal manera que la microhistoria de Atotonilco no tiene punto final. La microcomunidad ofrece campos amplios para la investigación haciendo que la microhistoria reseñe la universalidad de un espacio reducido. Una tarea que exige que con el tiempo se sigan los pasos de la microhistoria de Atotonilco actualizando censos y precios, volviendo a escuchar los cantos y los lamentos, exprimiendo archivos arzobispales y parroquiales.

Con todo, a pesar del envejecimiento de sus murales y de la perseverancia de sus jaculatorias, el Santuario seguirá enmarcando el paso de héroes abanderados y de jornaleros empeñosos. Los espacios de la microhistoria se engrosan con la preservación o la transforma-

ción que realizan los lugareños con la memoria de ese pasado que los antecede. De la torre del reloj o de cualquiera de su cúpulas se comprobará que con los campanazos de cada tarde, junto con el ruido de las ramas de sus árboles, seguirá reinando en Atotonilco la soledad del silencio.